

La cuestión de la subjetividad en el campo de la comunicación. Una reflexión epistemológica.

Por: **Vanina A. Papalini**

e-mail: comunicación_investigacion@cea.unc.edu.ar

El estudio de la comunicación social obedece a un interés relativamente reciente que data de principios del siglo XX y que está vinculado a la aparición y apropiación social de los llamados medios masivos de difusión. La pregunta que dio el puntapié inicial a estas investigaciones estaba fundamentalmente asociada a su utilización durante las guerras mundiales, en las cuales se demostró su capacidad de modelar opiniones y manipular representaciones. Es, pues, su capacidad de incidir en los procesos que se desarrollan a nivel subjetivo lo que despertó el interés de los investigadores. Esta preocupación, manifiestamente volcada sobre preocupaciones del orden social y político, no puede soslayar la presencia del componente técnico -origen del dispositivo- que hizo posible la reproducción en serie y transmisión masiva de mensajes audiovisuales. La arista tecnológica ha dado lugar a la intervención de perspectivas provenientes de las ciencias “duras”, las cuales aplicaron modelos desarrollados para la transmisión de señales entre máquinas a los procesos de la comunicación humana (Winkin, 1984). Los enfoques de las llamadas “ciencias de la información” generaron una ilusión de cientificidad sobre un campo que, a las múltiples ambivalencias que presentaba,¹ le sumaba ahora una nueva tensión epistemológica esencial. Varios autores señalan que la comunicación es un campo “pre-paradigmático” en términos de Kuhn y achacan a su juventud la dispersión de enfoques que lo pueblan (Follari, 2000). En esta área de estudios, sin embargo, la característica de la pluralidad de paradigmas se presenta de manera aún más acusada que en otras disciplinas sociales y proviene centralmente de la multiplicidad de modos en los que es posible definir su término nuclear; el concepto de comunicación. La heterogeneidad de abordajes presentes en torno al problema de la comunicación social ha contribuido al crecimiento disperso de un campo que nunca se constituyó como disciplina, pero que registra, en 70 años de producción de conocimientos, las marcas de todas las discusiones epistemológicas que atravesaron las ciencias sociales. De ellas, algunas de las más significativas son comentadas a continuación.

Primeras teorías: la subjetividad objetivada en la conducta

Los estudios sobre comunicación comienzan a configurarse como una corriente de investigación específica dentro de la sociología funcionalista hacia el año 1930, cuando Harold Lasswell plasma su llamado “paradigma” a modo de una serie de preguntas con las que creyó identificar y delimitar sus principales elementos. Deudor de una epistemología positivista y preocupado por los efectos de la propaganda canalizada por los medios audiovisuales aparecidos por entonces (la radio y el cine), Lasswell investigó el impacto de los mensajes mediáticos en la moral de los soldados y en la opinión pública, a través de “cuasiexperimentos” y tests que presuponían la objetividad del conocimiento y la neutralidad del científico social que actuaba en un ámbito de condiciones controladas que emulaban el “laboratorio” de las ciencias naturales. Sin embargo, sería difícil desprender sus “hallazgos” del contexto de las guerras y, sobre todo, de la post-II Guerra Mundial, campo de observación y prueba de las técnicas psicológicas de persuasión.

En términos teóricos y metodológicos, la Mass Communication Research abrevó en los principios de la psicología conductista, la cual asimiló el modelo biologicista de estímulo-respuesta. El conductismo presupone un sujeto entendido desde una perspectiva mecanicista, cuyo comportamiento obedece a adaptaciones y reacciones al entorno físico y a causas objetivables. De parte de Lasswell, el estudio de la comunicación de masas privilegió la pregunta por los contenidos del mensaje (el estímulo) y los efectos en el receptor (la respuesta). Pero la preocupación por los efectos y los estudios sobre la propaganda posteriores a la II Guerra Mundial –de las cuales se

destacan las investigaciones de Hovland (1982)- llevaron muy rápidamente al problema de los “estados de conciencia” y la incómoda necesidad de estudiar científicamente aspectos subjetivos. El apoyo del pueblo alemán a Hitler no puede ser admitido si no es a partir de una hipótesis de “manipulación” que oscurece el entendimiento (Tchakhotine, 1982). Estas preocupaciones dieron lugar a múltiples teorías sobre el poder de los medios².

Interesa destacar el aporte de Paul Lazarsfeld, sociólogo austríaco exiliado en Estados Unidos. Lazarsfeld permitió conformar el campo de la investigación en comunicación cumpliendo con muchas de las prescripciones señaladas por Durkheim en la proposición de una ciencia de lo social. Como señalan Hughes y Sharrock, la “estrategia característica consistió en sostener que, aun cuando los estados mentales no fueran observables directamente, ciertos estados mentales particulares estaban asociados con manifestaciones físicas específicas y se los podía inferir a partir de ellas” (Hughes y Sharrock, 1999:115). Los “observables” debían ser objetivamente definidos, generalizables y cuantificables. La resolución metodológica satisfizo estos requisitos: Lazarsfeld postuló la correspondencia entre un dato empírico mensurable y un objeto de estudio o a alguna de sus propiedades. Posteriormente, sus investigaciones “en terreno” lo llevarán a revisar los mediadores sociales de la conformación de la opinión y a propiciar una superación de este primer grupo de teorías y aproximaciones metodológicas.

Pero es a través de las investigaciones de Hovland donde se verá con mayor claridad el enfoque clásico de la sociología funcionalista, de neto corte empirista. La “verdad” de sus enunciados se define por confrontación con un campo observacional al que se accede de manera directa. Así, es factible realizar “experimentos” con una variable aislada y manipulada por el investigador (por ejemplo, la exhibición de un film) y, con mediciones pre y post factum, dar cuenta de sus “efectos”. Estas “simulaciones” ponen de manifiesto una concepción de la sociedad como una colección de individuos. El individualismo metodológico es tal vez la razón de las reformulaciones más importantes de esta corriente, ya que las predicciones realizadas sobre esta base (sobre todo, las de “intención de voto”), no coinciden plenamente con los resultados que se obtienen de los procesos sociales reales.

En términos generales, puede decirse que, para esta corriente, la producción del conocimiento de lo social es asimilable a los procedimientos utilizados en ciencias naturales. Su carácter científico está garantizado por el cumplimiento de los patrones de definición positivistas: hay un objeto, un método, un cuerpo de teorías reemplazadas progresivamente por otras mejores, verificadas por contrastación empírica. La medición del mundo social es posible, y éste es considerado como estable, ordenado y sujeto a leyes generales. El conflicto es concebido como una anomalía. La descripción de lo social debe abstenerse asimismo de la historia, puesto que la validez universal de las leyes sociológicas la trasciende, y sólo es tomada en cuenta en términos de gradual evolución. La escuela funcionalista norteamericana legó al estudio de la comunicación una miríada de investigaciones empíricas de información poco relevante; el grueso de sus aportes son observaciones que pueden seguirse de razonamientos de sentido común (Adorno, 1993). Como respuesta a estas críticas, esta escuela fue incorporando matices y enriqueciendo sus análisis a través del estudio de las “motivaciones” y la incorporación del estudio de las relaciones sociales, la tradición familiar y las creencias como elementos co-constituyentes de la visión de mundo. Pero aun estas instancias intersubjetivas se consideraron asibles en forma objetiva y directa a través de cuestionarios estructurados que establecían correspondencias directas con categorías generales. Posteriormente, entre 1960 y 1970, la corriente de “usos y gratificaciones” incorporó una lectura del contexto de la recepción acercándose a las nociones de “sentido”, de Weber, y de “mundo de la vida”, de Schutz. Hacia los '90, este viraje se enfatizó, orientándose hacia las corrientes interpretativistas y adquirió un cierto subjetivismo en la definición de “realidad” como “realidad experimentada por los sujetos”.

La perspectiva crítica: la subjetividad alienada

Casi simultáneamente a las investigaciones de la Mass Communication Research, el Instituto de Investigaciones de Frankfurt dirigido por Max Horkheimer se interesó en los procesos de producción de la cultura y de la formación de la subjetividad en el capitalismo, abordando estas

cuestiones desde la convergencia teórica del marxismo y el freudismo (Muñoz, 1989). Es de especial interés la reflexión epistemológica de Theodor W. Adorno en dos textos: un texto en el que narra su experiencia de investigación en los Estados Unidos, en proyectos de investigación concebidos en el marco institucional de la investigación académica norteamericana, y una discusión con Popper que tuvo lugar en Tübingen, Alemania, en 1967.

El primero de los textos confronta la perspectiva de la Teoría Crítica con la sociología funcionalista norteamericana. Invitado por Lazarsfeld e imposibilitado de regresar a Alemania por razones políticas, Adorno trabaja durante un tiempo en programas de investigación sobre la audiencia de la radio. Su perspectiva sobre la cultura, cuyo estudio en Europa continental era parte de las “ciencias del espíritu”, es irreconciliable con la dominante en las universidades norteamericanas: la cultura era abordada por los llamados projects, equivalentes a un plan de investigación enmarcado en los intereses comerciales de los medios masivos demandantes de la información. En el caso específico en el que Adorno trabaja, las directivas provenientes del organismo financiador operaban como un límite a la investigación. El comentario de Adorno podría asimilarse a un anacrónico sociólogo del conocimiento: “la charter del proyecto, que provenía de la Rockefeller Foundation, estipulaba expresamente que las investigaciones debía cumplirse en el marco del sistema de radio comercial establecido en Estados Unidos. Ello implicaba que todo podía ser objeto de análisis menos este sistema mismo, sus supuestos sociales y económicos y sus consecuencias socioculturales” (Adorno, 1993:112). Toda “neutralidad” científica queda desacreditada frente a esta afirmación que revela los condicionamientos concretos que constriñen la “elección de problemas” en la investigación y la naturalización del mundo “dado” que comportan.

Lo que inquietaba a Adorno era “un problema metodológico fundamental (entendiendo la palabra método en su sentido europeo de crítica del conocimiento, antes que en el norteamericano según el cual methodology significa, poco más o menos, técnicas prácticas de investigación”). El problema a considerarse es qué se deja fuera en la intención de garantizar la neutralidad científica, y si eso mismo que se omite no es lo que pondría en duda la “objetividad” de la ciencia.

Adorno examinó críticamente el estudio de las “reacciones a los estímulos” o los “estados mentales” de la audiencia, interrogándose sobre el tipo de conocimiento que podían tener los sujetos de sí mismos, y si éste era una fuente válida de conocimiento. La actualidad de la pregunta de Adorno, frente a las posiciones interpretativistas que se basan en la perspectiva del actor, vuelve de interés que se cite in extenso:

“Lo que es axiomático de acuerdo con las reglas de la social research en su forma ortodoxa, es decir, el partir de las maneras de reaccionar de los sujetos de experimentación como si ellas constituyesen lo primordial, la última fuente legítima de conocimiento sociológico, me parecía algo absolutamente mediato y derivado. O, dicho con mayor cautela: convendría que la investigación dilucidase, en primer lugar, hasta qué punto tales reacciones subjetivas de los individuos son en realidad tan espontáneas e inmediatas como lo dan a entender los sujetos; hasta qué punto, detrás de aquellas, se esconden, no solo los mecanismos de propaganda y la fuerza de sugestión del aparato, sino también las connotaciones objetivas de los medios y el material con que son confrontados los oyentes, y, por fin, las estructuras sociales más amplias hasta llegar a la sociedad global”. (Adorno, 1993:112-113).

Adorno no considera la subjetividad como inmanente, sino como producida socialmente. De allí que se interrogue sobre el valor de verdad de afirmaciones de gusto u opiniones que ya están siendo modeladas por los mismos medios masivos cuyo impacto se intenta determinar. Para la Teoría Crítica, los medios forman parte del dispositivo de formación de la subjetividad capitalista. Esta actividad formativa invalida la opinión individual puesto que ésta ya es parte de su efecto.

La disputa de Adorno sigue a propósito del empirismo que campea en la investigación social norteamericana y que no fructifica en teorías explicativas de carácter general. En la discusión de Tübingen, es relevante señalar un acuerdo central ente Popper y Adorno en relación a la función de la teoría, la cual, para ambos, es fuente de inspiración de hipótesis y no resultado sumatorio de inducciones empíricas. Ambos también coinciden en otorgar la mayor importancia al problema de investigación, mientras que el método consiste fundamentalmente en ensayar soluciones para esos problemas (soluciones que, para Popper, han de ser accesibles a una crítica objetiva y, por lo tanto,

falsables). Adorno propone que debe haber una correspondencia entre el método y su objeto, una idea que Habermas desarrollará con el nombre de “isomorfismo” y que ampliará diciendo que, en ciencias sociales, “no tenemos el menor conocimiento acerca de una supuesta correspondencia ontológica entre categorías científicas y estructuras de la realidad” (Habermas, en Popper, 1978:57). Será necesario, entonces, para Habermas, mantener un estado de alerta para asegurarse de la adecuación entre las categorías y el objeto, pues el peligro es su falsificación. Pero esto incluye la preocupación por su campo de aplicación. La teoría dialéctica “... duda que la ciencia pueda proceder en lo tocante al mundo que los hombres han edificado con la misma indiferencia con que lo hace –con el éxito sobradamente conocido– en las ciencias naturales”, puesto que, en tanto que partícipes, el mundo convoca nuestro interés. De allí la disputa por la cuestión de la ideología del científico propiciada por el paradigma de la teoría crítica.

Por su lado, también Popper habla del canon de la ciencia como desiderata, más que como descripción de prácticas habituales.³ Conviene retener estas prevenciones a la pretensión de objetividad y neutralidad de la ciencia. El recorrido del campo comunicacional los olvidará cuando, hacia los '50, un nuevo viraje intente hacer de él una disciplina científica. Por un lado, el proyecto estructuralista; por otro, la cibernética: en ambos casos, la compleja contradicción de lo social será reducida y se evacuarán los procesos de asignación de sentido, vale decir, su núcleo fundamental, en la determinación de dar a estos estudios legitimidad y validez.

El sistema y la estructura: la subjetividad evacuada

Hacia fines de 1940 y principios de los '50, la teoría matemática de la comunicación definirá este proceso social en términos de código. La noción de código tiene como antecedente empírico el cifrado de mensajes en tiempos de guerra, y como antecedente teórico, las investigaciones de neurología y biología en torno al ADN. Quien da su forma clásica al popularísimo esquema lineal de comunicación será el matemático e ingeniero electrónico Claude Shannon, planteándolo como un modelo estocástico que pone en relación a un emisor y un receptor. El esquema señala un comienzo y un final de la comunicación que se convierte en la transmisión de señales codificadas por medio de un canal, pasible de sufrir perturbaciones o “ruidos”. Shannon tiene entre sus referencias teóricas a la máquina de información de Alain Turing y los trabajos de John von Neumann, precursores de la informática. Por otro lado, con una perspectiva parecida, Norbert Wiener desarrolla la cibernética, enfatizando el concepto de información y entropía y agregando a su modelo el concepto de feedback que permitirá avanzar hacia modelos circulares de la comunicación. La comunicación se ha convertido en un proceso totalmente cuantificable de unidades de información, asociado al lenguaje de las “ciencias duras”. El investigador puede, pues, permanecer neutral frente a la comunicación/información definida a la manera de simples señales físicas, sin importar lo que dicen o lo que quieren decir. La subjetividad sale, lisa y llanamente, de la escena, significando una pérdida considerable para la identidad del campo de estudios. La comunicación, tratada como ciencia exacta, pierde lo que le es propio: la pregunta por el sentido de los mensajes y por la dimensión significativa de las acciones sociales.

La corriente sistémica del funcionalismo tratará de dar cuenta de la totalidad y superar la fragmentariedad de sus estudios anteriores, y se abrirá una nueva zona de estudios en donde confluirán el interaccionismo simbólico, la teoría de los sistemas de Von Bertalanffy y la reformulación lingüística de estos esquemas lineales propuesta por Jakobson. El resultado es una nueva concepción de comunicación que tratará de superar la distancia insalvable entre ciencias duras y ciencias sociales, restituyendo la dimensión social de construcción de significados, ampliando la noción de código a la esfera no verbal y a las convenciones de la convivencia social. Al restituírsele la dimensión significativa intersubjetiva, regresan los problemas de validación científica del campo de estudios.

Por la misma época, la lingüística de Saussure va a dar el impulso a las perspectivas estructuralistas, definida como la “matemática” de las ciencias sociales. Lo que Saussure va a proponer es un sistema de diferencias, de oposiciones binarias excluyentes entre sí que se estructuran mediante legalidades objetivables: tal es el sistema de la lengua. Sobre la lengua, un sistema virtual, es posible hacer ciencia; pero no sobre el habla, la ocurrencia particular. Lévi-Strauss, inspirado en el

modelo de la lingüística, extenderá su aplicación a la antropología, fijando la existencia de estructuras universales en la cultura humana. De una importancia enorme en las ciencias sociales, el pensamiento estructuralista centrará su análisis en el discurso como producción social y no como actividad individual, destacando el carácter inconsciente de su uso y su efecto ideológico en la representación de mundo.⁴ En términos epistemológicos, deberá afrontar la crítica de que esta misma ideología que declama como propia de todo universo simbólico, también está informando su manera de hacer ciencia y no puede, por lo tanto, ser concebida como tal. Para sus críticos, el estructuralismo no consigue ser autorreflexivo. (Hughes y Sharrock, 1999:427). A pesar de este reparo, las teorías estructuralistas dieron lugar a estudios semiológicos que repercutieron sobre dos cuestiones medulares para la epistemología post-positivista: el problema del lenguaje y el problema de la representación. El estructuralismo combatió la idea de la imagen captada por dispositivos tecnológicos fuera un “reflejo” de la realidad, así como también cuestionó la transparencia del lenguaje.⁵ En el campo comunicacional, sus aportes contribuyeron a desnaturalizar el papel de los medios como “ventana al mundo”.

El análisis de discurso, alejado de los sujetos concretos, pareciera ganar objetividad concentrándose en mensajes y textos en donde la cuestión central pasa por el significado y el significante. El proceso puede ser descrito de manera tal que se prescinda del problema de la interpretación, ya que sus claves estarían dadas por el propio texto. Desde la semiótica propuesta por Peirce vendrá la superación de esta posición, con la introducción del interpretante como otro de los polos de la conformación del signo.

Una perspectiva diferente, surgida de la crítica literaria y desde una óptica anclada en la cultura que historiza las prácticas y las representaciones, recupera la “posición del lector” en tanto actividad social. La recepción se convierte en la nueva palabra clave de los estudios comunicacionales y eje de los Estudios Culturales que se realizaron en los años '50 y '60 con sede en la Universidad de Birmingham. Un nuevo paradigma (si este término es aplicable a las ciencias sociales “pre-normales”, según la descripción de Kuhn) estaba emergiendo. Es, sin dudas, un retorno victorioso del sujeto.

El campo además venía siendo laboriosamente trabajado por dos formulaciones que iban a producir el sismo epistemológico conocido como “caída de los grandes paradigmas”: por un lado, el “giro semiótico” y por otro, la sociología del conocimiento. Las preguntas de investigación se reformularán totalmente: no se trata ya del “descubrimiento” de estructuras, de leyes que develen el funcionamiento de la sociedad, sino de la “atribución”, que implica un agente otorgando cualidades, haciendo corresponder un predicado a un determinado sujeto. No hay una naturaleza -o un entorno social naturalizado- cuyo velo vayan a correr los procedimientos científicos para descubrir los principios que lo rigen. Hay, en cambio, un mundo aprehensible desde ciertas representaciones -que son históricas, que son sociales- al que se le atribuye un significado que no puede sustraerse a las ideas circulantes en una época, que participa del “sentido común” que lo rodea y toma posición, implícita o explícitamente, sobre los problemas indicados como importantes. La ciencia no se sustrae de estos procesos y se ubica en un estadio de conocimiento que es también definido como tal social e históricamente. En las ciencias sociales, la influencia de grandes pensadores que atraviesan oblicuamente los campos disciplinares, como Foucault y Derrida, ha acompañado los procesos de disolución de categorías nítidamente dicotómicas del estructuralismo o de la dialéctica marxiana, para enfatizar el entramado denso de lo social, del poder, de la cultura. Mientras que flaquea la delimitación clara de los objetos y los postulados absolutos, se abre paso un sujeto descentrado, un mundo plural y una nueva forma de concebir la diferencia.

Entronización de la subjetividad

La hegemonía de las epistemologías positivistas y neopositivistas han ido cediendo frente a las posiciones relativistas de un post-estructuralismo ascendente y a las vertientes particularistas de investigación de corte antropológico que plantean la inconmensurabilidad de las culturas. En la comunicación, estas perspectivas convergen en las formas parciales que van asumiendo lo que generalmente se designa como “teorías de la recepción”. Si bien quedan englobados bajo este nombre investigaciones y estudios diversos, se caracterizan por el énfasis en la mediación que las

prácticas de los actores y las adscripciones culturales que operan sobre los mensajes de los medios masivos. A la resemantización en la esfera de los significados corresponde la negociación en la esfera del poder (Caletti, 1992). El sujeto no es un sujeto pasivo, ni transparente, ni dócil. Esa entidad a la que se aludía como “sociedad” se devela como un campo donde lo subjetivo y lo intersubjetivo se entretajan de manera compleja, articulando esferas múltiples. Pero en muchos casos, la constatación de la complejidad se convierte en un verdadero “obstáculo epistemológico” que impide afirmaciones de cualquier tipo y, sobre todo, lleva a lateralizar la preocupación por las estructuras objetivas y los condicionamientos sociales.

Desde el punto de vista epistemológico y a varias décadas de la conmoción sufrida por los fundamentos de la ciencia, las mayores consecuencias pueden verse en el campo social, donde se viene produciendo un paulatino abandono del ideario científico que propugnaba por cada vez “mejores” teorías, es decir, teorías que se vayan adecuando cada vez más al ya asumido como “dinámico” objeto social. Frente a la imposible “verdad” del conocimiento, se resigna también su rigor, dando lugar a formulaciones indemostrables. La idea de “construcción social”, exitosamente postulada por Berger y Luckmann a partir de la sociología de Schutz, ha tenido un efecto devastador. Como señala Hacking, todo es “construcción”, pero esta sola aseveración no parece estar diciendo demasiado (Hacking, 2001). Las postulaciones de Geertz del “antropólogo como autor” han habilitado una ficcionalización del discurso de la ciencia social que blande la inconmensurabilidad de las culturas (en una lectura radicalizada de Kuhn y Boas) por todo fundamento. La vigilancia epistemológica preconizada por Bourdieu se resuelve en formas blandas de autocontrol y en el ejercicio de la cita como argumento de autoridad.

Queda además pendiente la cuestión de la legalidad general del mundo social. Después del estructuralismo, ya no hay ninguna teoría que se plantee generalizaciones. Al igual que lo que ocurría con el empirismo de la sociología norteamericana, el enfoque fenomenológico no contribuye a pensar procesos globales de los colectivos humanos. El árbol oculta el bosque y, en algunos casos extremos, es tomado por el bosque. Si está claro que la universalidad ha sido una de las estrategias ideológicas por la cual lo particular se presenta como general (el sesgo sociocéntrico, etnocéntrico, eurocéntrico, de género, han sido denunciados por esa intención), también es cierto existen problemas de una generalidad mayor que los límites de la aldea, del barrio o de la región. Los estudios micro aún no consiguen establecer articulaciones suficientes para llegar a análisis macro y se contentan con profundizar objetos particulares o aspectos parciales.

En directa relación con este problema aparece el énfasis sobre la cuestión de la subjetividad. El interés por esta dimensión soslaya el estudio de las condiciones sociales objetivas, que no emergen necesariamente del relato de los actores. Es necesario dar cuenta de ellas y se requiere pensar el cómo. Este marco de aperturas teóricas y de algún grado de desconcierto queda reflejado agudamente en el análisis crítico de Caletti a propósito de las teorías de la recepción (Caletti, 1992). El gran desafío teórico y metodológico que señala Caletti, en el campo de la comunicación como en otras disciplinas sociales, radica en la conexión entre el orden de la subjetividad y la producción e institución de la realidad social.

La vertiente de estudios culturales que se ha vuelto hoy “paradigma hegemónico” en los estudios de comunicación, parece el retorno circular a los estudios que dieron origen al campo. Esta escuela, que reveló aspectos ignorados de la dinámica cultural y comunicacional cuando mantenía fuertes vínculos con la perspectiva crítica marxista gramsciana –e incluso sus aportes fueron recogidos por la sociología del conocimiento, en cuanto “desnaturalizaban” e historizaban el uso de conceptos (Bloor, 1997)- fue perdiendo su filo en la medida en que se asimiló a la etnografía de las audiencias más relativista. Lo que se obtiene como resultado de la investigación es, nuevamente, una importante cantidad de “conocimiento local” específico e incomparable con otros “casos”, y teorías de corto alcance, no generalizables, que se truecan en prohibiciones de pensar lo social global.

Como dice Adorno, “las investigaciones empíricas son legítimas y necesarias también en el ámbito de los fenómenos culturales. Pero no es lícito hipostasiarlas ni considerarlas como clave universal. Deben culminar ellas mismas en conocimiento teórico” (Adorno, 1993:122).

El campo de la comunicación, nunca configurado como disciplina, se vuelve una nubosidad ubicua que transita cómodamente por todas las ciencias sociales desconociendo inclusive las tradiciones y

discusiones que precedieron al uso de conceptos bien establecidos en cada campo. La noción de subjetividad, tan utilizada, parece admitir un uso liviano que exime de los interrogantes que acarrea un concepto referido a un campo semántico semejante: el de conciencia. No obstante, este eje en los estudios de comunicación no solamente es lícito sino que, como se mostró, atraviesa toda su trayectoria. Es factible replantear la problemática comunicacional en términos del lugar que ocupan los medios y la cultura masiva en la formación de la subjetividad. Aun la dispersión actual de objetos, temas y enfoques, orientada en este sentido, afianzaría la constitución de un campo cohesionado, a condición de que las investigaciones se articularan con una teoría más general, de las muchas que el campo exhibe. La multiplicidad de enfoques no sería otra cosa que una pluralidad paradigmática que enriquecería el campo de estudios sin restarle validez.⁶

En un lugar equidistante de las respuestas positivistas y relativistas, el enfoque pluralista plantea: “si las ciencias sociales son esencialmente multiparadigmáticas, la pregunta crucial es si esto significa un elemento de juicio en contra de su científicidad. Justamente el propósito es demostrar que es posible justificar interpretaciones disciplinares no convergentes, que la diversificación no constituye una condición transitoria hacia un proceso de unificación y que la fragmentación disciplinar puede considerarse en sí misma un estado deseable. ... la inevitabilidad de la diversidad de aproximaciones no excluye la posibilidad de realizar descripciones importantes y construir explicaciones fértiles de los fenómenos” (Morey, 1999:17). Para esta perspectiva, debe ser posible decidir entre teorías adecuadas e inadecuadas, avanzando hacia niveles de corrección cada vez mayores en el marco de una determinada teoría, pero admitiendo la coexistencia de distintos paradigmas. El antiautoritarismo no conduce necesariamente a sostener la contingencia de todo conocimiento, como pone en evidencia Hacking (2001:166).

El camino hasta aquí recorrido por las ciencias sociales ha permitido demoler muchos prejuicios y estrecheces de pensamiento que la violentaban aplicándole los mismos patrones de las ciencias naturales. Hay nuevas respuestas a la pregunta ontológica, ¿qué es la realidad (social)? y se abren numerosos caminos metodológicos que, a tientas y desconfiando de sí mismos, intentan dar respuestas a problemas de investigación. La subjetividad es un objeto de estudio espinoso, si se está dispuesto a enfrentar y dar respuesta a los requerimientos de la producción de conocimiento, y no puede ser una coartada que ahorre el problema de saber cómo se interroga, de qué manera obtiene un saber y qué carácter tiene éste. Entre lo ontológico y lo metodológico, el nivel epistemológico sigue siendo una zona inquietante: no se sabe aún qué tipo de conocimiento es éste que se produce en el muy “indisciplinar” campo de la comunicación.



NOTAS

1. Una tensión inicial de la institucionalización de los estudios de comunicación es la nunca saldada discusión sobre su condición: ¿se trata de un conjunto de conocimientos que atañen a una práctica profesional (el periodismo, por ejemplo) o de un campo científico-académico con un objeto de estudio propio?
2. Este conjunto de teorías abrevia en concepciones más antiguas sobre la “masa” social. Las hipótesis sobre la sugestión y el contagio tienen como referencias claves a Gustave Le Bon y Sigmund Freud.
3. Debe señalarse que la posición de Popper a este respecto no es ingenua. En su decimocuarta tesis, señala que: “es, por supuesto, imposible excluir tales intereses extracientíficos [el problema del bienestar humano, de la defensa nacional, el desarrollo industrial o el enriquecimiento personal] de la investigación científica.... Lo que es posible e importante y le confiere a las ciencias su carácter peculiar no es la exclusión, sino la diferenciación entre aquellos intereses que no pertenecen a la búsqueda de la verdad y el interés puramente científico por la verdad. (...) La pureza de la ciencia pura es un ideal, al que acaso quepa considerar inalcanzable, pero por el que la crítica lucha y ha de luchar ininterrumpidamente (...) Nuestras motivaciones y nuestros ideales puramente científicos, como el ideal de la pura

- búsqueda de la verdad, hunden sus raíces más profundas en valoraciones extracientíficas y, en parte, religiosas. El científico objetivo y «libre de valores» no es el científico ideal. Sin pasión la cosa no marcha, ni siquiera en la ciencia pura. La expresión «amor a la verdad» no es una simple metáfora”. (Popper, 1978:19).
4. Es imposible trabajar aquí, en un panorama breve, la influencia decisiva de Althusser en los estudios de comunicación. La importancia de su análisis para la cuestión de la subjetividad será objeto de un trabajo ulterior.
 5. La imagen más analizada por los estructuralistas es, sin dudas, la fotográfica, la cinematográfica y la televisiva. No obstante, la idea de imagen mediada por un dispositivo es también un problema para la microfísica, que utiliza microscopios y para la astronomía, que registra a través de teleobjetivos y filmaciones lo que “sucede” en el espacio exterior. ¿No puede acaso decirse que esas “realidades” también son producidas? Véase Hacking, 1981.
 6. Entre unas ciencias sociales conformadas bajo el monismo metodológico y la dispersión actual, se actualiza el antiguo –y nunca resuelto- debate sobre el carácter científico de las ciencias sociales. ¿Hasta qué punto los criterios cognitivos de las ciencias naturales son aplicables a las disciplinas sociales?



BIBLIOGRAFÍA

- ADORNO, T. (1993) *Consignas*, Buenos Aires, Amorrortu.
- BERGER, P. y LUCKMANN, T. (1968, 1997) *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu.
- BLOOR, D. (1997) *Conocimiento e imaginario social*, Barcelona, Gedisa.
- BOURDIEU, P. (2003) *El oficio del científico*, Barcelona, Paidós.
- CALETTI, S. (1992) “La recepción ya no alcanza”, en Luna Cortés, Carlos (coord.), *Generación de conocimientos y formación de comunicadores*, México, FELAFACS/Opción.
- FOLLARI, R. (2000) “Comunicología latinoamericana: disciplina a la búsqueda de objeto”. *Fundamentos en Humanidades* N° 1: 50-55. Universidad Nacional de San Luis, San Luis.
- GEERTZ, C. (1988, 1997) *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa.
- HACKING, I. (1988) “Do We See through a Microscope?”, en CHURCHLAND & HOOKER, eds. *Images of Sciences. Essays on Realism and Empiricism*. Chicago, Chicago University Press.
- (2001) *¿La construcción social de qué?* Barcelona, Paidós.
- HOVELAND, C. (1979, 1982) “Efectos a corto y largo plazo en el caso de los films de “orientación” o propaganda” (fragmento de *Experiments in mass communications* [1949]) en MORAGAS, Miguel de, *Sociología de la comunicación de masas*, Barcelona, Gustavo Gili.
- HUGHES, J. y SHARROCK, W. (1987, 1999) *La filosofía de la investigación social*, México, Fondo de Cultura Económica.
- KUHN, T. (1971, 2002) *La estructura de las revoluciones científicas*, México, Fondo de Cultura Económica.
- MATTELART A. y MATTELART, M. (1997) *Historia de las teorías de la comunicación*, Barcelona: Paidós.
- MOREY, P. (1995) “Algunas relaciones entre relativismo cognitivo y ético”. *Estudios* N° 5: 271-278, Universidad Nacional de Córdoba.
- MOREY, P. (1999) *Problemas gnoseológicos en una fundamentación del pluralismo teórico*. Tesis

del doctorado en Filosofía. Universidad Nacional de Córdoba.

MUÑOZ, B. (1989) Cultura y comunicación. Introducción a las teorías contemporáneas, Barcelona, Barcanova.

POPPER, K. et al., (1978) La lógica de las ciencias sociales, México, Grijalbo.

TCHAKHOTINE, S. (1979, 1982) “El secreto del éxito de Hitler: la violencia psíquica”, (fragmento de Le viol des foules par la propagande politique [1952]), en MORAGAS, Miguel de. Sociología de la comunicación de masas, Barcelona, Gustavo Gili.

WALLERSTEIN, E., coord., (1996, 1999) [Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales] Abrir las ciencias sociales, México, Siglo XXI editores.

WINKIN, Y. comp., (1984) “El telégrafo y la orquesta”, prólogo a La nueva comunicación, Barcelona, Kairós.



Astrolabio © 2006 | ISSN 1668-7515 | [Webmaster](#)
Centro de Estudios Avanzados Avenida Vélez Sársfield 153 CP.: 5000 | Córdoba - Argentina |
Tel.: (54) (351) 433-2086/88. | pyc-cea.unc